

San José, Costa Rica

— 15 Noviembre de 1911 —

RENOVACIÓN

Año I

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Núm. 21

SOCIOLOGÍA

La instrucción de clase

Como la democrática sociedad presente se halla dividida en clases, teniendo eso de común con las antiquísimas sociedades autocráticas ó teocráticas del Asia, que se hallaban divididas en castas, se comprende que haya quien propague que cada clase que vive en una esfera delimitada tenga su moral propia, ó sea «sus reglas para practicar el bien y evitar el mal,» que así define el Diccionario la moral, demostrando con ese ingenio escape de sinceridad que la moral tiene dos caras ó que es como la justicia de clase, que establece pará unos un rigor estricto, y para otros fueros y privilegios, puesto que unas veces es particular y adaptable á una clase social, pudiendo decir que hay una moral para los ricos y otra para los pobres, y otras alardea de generalidad proclamándose universal.

Sucede con la moral lo mismo que con la higiene, ideas que tienen entre sí cierto parentesco, como lo han demostrado algunos pensadores que las han definido considerándolas respectivamente como guías de la voluntad ó del cuerpo, sin otro inconveniente práctico que el que impide al pobre niño abandonado, que no tiene otros maestros que la miseria y el vicio, y al obrero que cuenta con el jornal como único recurso, observar una moral que desconoce ó comprar una higiene cara y sólo al alcance de los privilegiados.

La oposición irreducible entre los preceptos y la posibilidad dió siempre materia á los sofistas para intentar un arreglo, dando á lo imposible carácter hacedero y llano, y después de haberse despachado á su gusto en templos, universidades, academias y ateneos, han llegado al teatro, donde, según vemos, se ha representado recientemente en París una producción, no hay para que nombrarla, cuya tesis es: «los hijos de los proletarios no deben recibir una instrucción superior á su condición social.»

Para sostenerla se argumenta de este modo: la única instrucción que conviene á los obreros es la que se refiere directamente á su oficio respectivo; conviene que cada uno sepa que el trabajo no envilece, y que ha de efectuarse con alegría y conciencia. ¿Para qué serviría una instrucción que, en la imposibilidad de completarla y aplicarla, alejaría al trabajador de la tierra natal, transportándole á los grandes centros donde la agitación y la desmoralización le pervierten y le debilitan, sin lograr jamás sus ambiciones.

He ahí una manifestación del sentimentalismo caritativo que responde á una preocupación muy generalizada y que, tratando de beneficiar á unos hombres, perjudica notablemente á la humanidad; porque lo que positivamente resulta es que la inmanencia

del derecho, que no puede tener acepción de personas, se ve negada y des-truída por esa distribución arbitraria del saber, que continúa indefinidamente la desigualdad social con todas sus desastrosas consecuencias.

No es el capital de conocimientos que la humanidad atesora obra exclusiva de los sabios, quienes á veces, sin haber añadido á los existentes un conocimiento más, no han hecho otra cosa que adaptárselos con facilidad relativa. El saber es una suma y una clasificación á que los hombres observadores y estudiosos de todos los tiempos y de todos los países han contribuído, elaborando esa hermosa abstracción denominada la ciencia, que por su especial manera de ser y por sus naturales efectos ha de ser generalizada y extendida sin limitación alguna.

Si la exclusión de muchos individuos de los beneficios que reporta la agrupación hubiera de continuarse eternamente; si no hubiera progreso, ó si la acción progresiva no hubiera de afectar á la existencia de sus diferentes jerarquías sociales continuadoras de las antiquísimas castas, si, por último, hubiera de reconocerse eternamente que el individuo se ha de amoldar á la sociedad y no la sociedad al individuo, pudiera sostenerse la tesis que censuramos y aun contra la cual protestamos desde el punto de vista humanitario en general y particularmente como pedagogos.

Pero no, el saber es esencialmente humano, lo mismo que sus beneficios y aplicaciones, y por tanto, constituye un delito de lesa humanidad el hecho de hacer de la ciencia dos partes desiguales y señalar una escasa ración á los pobres, á los desheredados, á los condenados al trabajo por el privilegio.

La pedagogía moderna, á lo menos

la pedagogía libre, la que se dedica á contribuir con la parte que le corresponde al libre desarrollo de las facultades humanas, la que no acepta la humillante y aun la criminal función de adiestrar y amansar hombres y mujeres para satisfacer todas las necesidades y todas las concupiscencias de las llamadas clases superiores, se niega rotundamente á contribuir á que al finalizar el siglo XX pueda repetirse este juicio que Hækel escribe en su gran libro *Los Enigmas del Universo* acerca del siglo XIX.

«PROGRESO DE LAS INSTITUCIONES SOCIALES.—En tanto que contemplamos con legítimo orgullo los inmensos progresos realizados por el siglo XIX en la ciencia y sus aplicaciones prácticas, un espectáculo por desgracia muy diferente y harto triste se nos ofrece si consideramos otros aspectos no menos importantes de la vida moderna. Con pena escribimos esta frase de Alfredo Wallace: «Comparados con nuestros admirables progresos en las ciencias físicas y sus aplicaciones prácticas, nuestro sistema de gobierno, nuestra justicia administrativa, nuestra educación nacional y toda nuestra organización social y moral han quedado en *estado de barbarie*.» Para convencernos de la exactitud de tan graves reproches, basta dirigir una mirada imparcial al fondo de nuestra vida pública, simplemente fijarnos en ese espejo que nos presenta cada día el diario que leemos considerado como órgano de la opinión pública.

No; los maestros libres quieren para la infancia, como la naturaleza, la plenitud de sus facultades, y rechazan indignados la idea de *la instrucción de clase*, del mismo modo que todo hombre honrado ha de rechazar la complicidad en la comisión de un crimen.

ANSELMO LORENZO

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscarnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.



Palabras de oro

El hombre social de hoy, adulterado por la morbosa adaptación del capital, viene á ser una mezcla extraña de civilización y barbarismo.

Arriba, entronizados y venerados el vicio y la holganza; abajo, luchando con el hambre y el dolor los laboriosos y los útiles: es decir, las cabezas que, según diría Spencer, han adoptado mejor, agujoneadas por la diosa necesidad, soberano escultor de la arcilla nerviosa, las relaciones dinámicas internas á las externas. De ahí la inevitable decadencia y estancamiento de la raza humana.

¿El remedio? La tierra para todos, las energías para todos; he ahí la hermosa divisa de la Sociedad del porvenir. Urge, pues, según el doctor Lluvia declara, reintegrar al hombre en las leyes de la evolución, devolver el capital, secuestrado en provecho de unos pocos, al acervo común de la colectividad...

DR. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

El Militarismo

Sus orígenes y su función

No son muy satisfactorios los orígenes del militarismo. Ernesto Renan los describe del modo siguiente:

«Un ejército en la antigüedad tenía casi siempre por origen una partida de bandidos, ó, lo que viene á ser lo mismo, de gentes que no querían trabajar y habían resuelto vivir del trabajo de los otros. Naturalmente, estos bandidos, una vez reconocida su autoridad, se convertían en los protectores de aquéllos que trabajaban para ellos. Así se creó el orden en el mundo por el bandido transformado en gendarme.»

¡No es mal «orden» el instaurado y perpetuado por semejantes ordenadores! Un diario burgués, *Le Figaro*, en un día de mal humor, lo definió perfectamente:

«El secreto de la tiranía y el problema de los gobiernos consiste en hacer que los pobres uniformados vigilen á los pobres de blusa.»

Este arranque de franqueza remonta á 1891, y de seguro que no ha vuelto á reproducirse. Buscando por otro lado, hallamos los orígenes del cuartel, que nos ofrece Anatole France en los siguientes términos:

«El cuartel es una invención repugnante de los tiempos modernos, pues no pasa del siglo XVII. Antes no había más que el cuerpo de guardia en que los soldados jugaban á naipes ó contaban cuentos. Luis XIV es un precursor de la Convención y de Bonaparte; pero el mal ha alcanzado su plenitud con la institución del servicio obligatorio. Haber hecho una obligación á los hombres de matar es la vergüenza de los emperadores y de las repúblicas, es el crimen de los crímenes. En las edades llamadas bárbaras, las ciudades y los príncipes confiaban su defensa á mercenarios que hacían la guerra como diestros y prudentes, y solía haber pocos muertos en una gran batalla. Y, á lo menos, el que iba á la guerra, no iba forzado; se hacía matar voluntariamente. No hay duda que no ser-

virían para otra cosa, pero en tiempo del rey de Francia, llamado San Luis, á nadie le hubiera ocurrido la idea de enviar á la guerra á un hombre de saber y de entendimiento; tampoco se arrancaba al labrador del terruño para llevarle á la hueste. Ahora es otra cosa; se obliga al pobre campesino á ser soldado: se le arranca de la casa, cuyo techo humea en el pacífico silencio de la noche; de las hermosas praderas, donde pasta y trisca el ganado; de los campos, de la viña, del olivar, donde aprendió á trabajar ayudando á su padre, y se le lleva á un cuartel, en cuyo patio se le adiestra en el arte de matar hombres.

En Francia son los hombres militares y además son ciudadanos. ¡Gran cosa ser ciudadano! La ciudadanía para los pobres consiste en sostener á los ricos en su poder y en su ociosidad, trabajando en la majestuosa igualdad de las leyes, que prohíben al rico y al pobre dormir en los quicios de las puertas, en los bancos de los paseos ó á la luua de Valencia, mendigar en las calles ó robar pan...»

Sí; defender á los que mandan y á los que pueden es la función del militarismo; mas para que los desheredados acepten más fácilmente esa imposición monstruosa, que consiste en oprimirse á sí mismos, se les dora la píldora hablándoles de patria y mostrándoles el espectáculo de la frontera.

A este propósito escribe Luis Menard:

«El ejército se dirige menos á defender el país contra los enemigos de fuera que á sostener el gobierno en el interior contra los que llaman los eternos enemigos del orden...»

»La invasión extranjera no causa gran daño á los privilegiados; todo se reduce á pagar una indemnización de cinco mil millones que se sacan del trabajo sin que por ello disminuyan las rentas, mientras que una insurrección de ilotas amenaza por igual á to-

dos los funcionarios, es decir, á la sociedad. Es, pues, natural que teman más al enemigo interior que al exterior.»

El hábil y jesuítico equívoco, creado en el espíritu del pueblo acerca de la misión real del ejército y la positiva, ha sido claramente señalada por Bernad Lazare:

«Durante el día, en el cuartel, se habla á los soldados de la salud de la patria, de la cual son los defensores, y de los reinos vecinos, cuya ambición amenaza el territorio; pero, llegado el caso, se les pone en presencia del verdadero enemigo, de la plebe susceptible aún de cólera, cuya violencia ha de dominarse. ¡Qué ingeniosa ficción la del rival extranjero, la del adversario hereditario! Ella sostiene en gran parte nuestras plutocracias; gracias á ella éstas consiguen el admirable resultado de movilizar una parte de la clase trabajadora contra la otra parte, de tal manera que, cualquiera que sea el resultado de una guerra civil, sólo los miserables soportan su peso y sufren sus consecuencias. Por lo mismo, todo el esfuerzo de los moralistas, de los filósofos y de los historiadores vendidos y pagados concurre á fortificar esta afición, á embellecerla; ya en la escuela se esparcen esas doctrinas, y con tanto éxito, que los pobres creen defender su tugurio que nadie amenaza, y al recibir la *sportula* romana defienden su derecho á morir de hambre.»

Es indudable que el mozo que deja familia y trabajo, interrumpiendo el curso ordinario de su vida para meterse en el cuartel, no va á proteger la frontera contra la invasión de los nacionales de las naciones colindantes ávidos de apoderarse de una propiedad de que él no participa; no, porque esa propiedad, en caso de invasión y aun de dominación de los invasores, seguiría siendo de los mismos propietarios; y aun los enemigos triunfantes, los soldados extranjeros, instrumentos del vencedor, quedarían tan lejos de la propiedad como los soldados vendidos.

Conviene que se sepa y se difunda una verdad muy sencilla y sobre la que no se fijan los influídos por el nacionalismo militarista: en toda nación, que parece debiera de ser como la defensa recíproca del derecho de todos los nacionales, no sólo hay millonarios y hambrientos, sino que hay extranjeros ricos, propietarios y explotadores, frente á nacionales que han de emigrar del país porque carecen de pan, de casa y hasta de tierra que pisar.

Por eso, la verdad es que el mozo que deja la herramienta por el fusil, no hace otra cosa que cambiar de manera de ser víctima del capitalismo: siendo obrero fomentaba la riqueza del señor; siendo soldado, la defiende contra las reivindicaciones de los trabajadores. Con la diferencia agravante de que siendo trabajador podía fraternizar con sus compañeros y con ellos avanzar en la evolución progresiva de la humanidad; mientras que siendo soldado se convierte en su enemigo y en sayón al servicio de la injusticia.

La misión social del soldado,—lo mismo en una democracia, donde según definición el pueblo es soberano y cada individuo, es decir, cada ciudadano, es elector y elegible, que en una monarquía absoluta donde el rey es más ó menos prácticamente señor de vidas y haciendas,—es la negación de aquel derecho inmanente de que nos habla la filosofía moderna.

Clemenceau dice á este propósito:

«El papel que en la sociedad toca representar al soldado es de servidumbre absoluta. «Aunque os mande fusilar á vuestro padre y á vuestra madre debéis obedecerme,» dice el emperador alemán á sus soldados. He aquí el último término de la dominación de la criatura humana. En Francia y en otras naciones no se lleva la cínica franqueza autoritaria hasta decir esas cosas, pero la doctrina de los actos conduce á la misma consecuencia. El hecho es que la obediencia pasiva, cualquiera que sea su resultado, constituye la gloria del soldado: su autonomía, su independencia es, pues, un crimen... Para llenar su deber no tie-

ne necesidad de conocer las circunstancias del hecho que motivan su intervención, y nadie piensa en enseñarle los rudimentos de esa ley que le pone las armas en la mano para la defensa del derecho escrito. Su oficio, su técnica, consiste en matar por orden de su jefe, sin preocuparse para nada de si hay ó no razón para ello. Como quiera que sea, resulta que, cubierto por la jerarquía de sus jefes, no es responsable de la sangre vertida, ni de las ruinas humeantes causadas en un territorio, ni de las lágrimas derramadas por tanta desgracia; la razón, no sólo no la necesita, sino que hasta es peligrosa, por la tentación que inspira á cada uno de darse cuenta de sus actos y de discutir aquello que precisamente ha de estar muy por encima de toda controversia para el soldado. La falta mayor, el crimen imperdonable del soldado es la desobediencia; la simple vacilación es ya gravísimo delito, porque la orden dada no tiene apelación; no hay revisión *sino después de la ejecución*, lo que niega el acto racional de que la especie humana tanto se glorifica. Y es que, en efecto, la violencia es por sí misma la razón suficiente para el soldado—*ultima ratio*—y que no necesita justificación, puesto que por su esencia suprime al opositor en vez de convencerle.»

Se trata, pues, de obligar á ser de un modo que contraría esencialmente la naturaleza del ser, y esto con un fin social que contraría igualmente la naturaleza de la sociedad, y como medio de reivindicar el derecho humano y de restituir á la sociedad su legítimo carácter para obtener de ella los fines propios de su objeto, conviene tener en cuenta las siguientes consideraciones dedicadas á la juventud, tomadas de un periódico francés:

«Ayer, jóvenes trabajadores, vivíais dedicados á la producción, que es el lote del proletario: unos en el taller, otros en la fábrica, en el campo, en el carril, en el barco, donde quiera que ha de consumirse vida que se repara siempre en déficit con la mezquindad del salario para el enriquecimiento del

patrón, del propietario, del capitalista, de aquel á quien la sociedad, que no la justicia, da sobre vuestro trabajo el derecho de *acesión*.

Mañana estaréis en el cuartel, donde no hay tarea productiva que ejecutar, y donde, sin trabajar, se os cebará con el rancho nacional.

¡A la verdad que no hay motivo para quedar satisfecho de estado semejante!

Porque si los que mandan os obligan á esa existencia parasitaria por algunos años, débese á que tienen en ello gran interés: en cambio de la pitanza que os otorgan exigen de vosotros una sumisión de todos los instantes, os curvarán bajo una disciplina férrea y os impondrán una obediencia pasiva.

Y esas exigencias tienen un grave motivo.

Como que ponen en vuestras manos armas terriblemente mortíferas, y temen que se os ocurra la idea de hacerlas servir de un modo que reputan «malo,» y por eso toman todas las precauciones imaginables para destruir en vuestra conciencia y en vuestra inteligencia toda luz de pensamiento, todo conato de examen, toda posibilidad de reflexión.

Para anular en vosotros toda veleidad rebelde ó siquiera el más mínimo intento de reconquista de la propia personalidad, os debilitarán con el terror que inspira un Código rojo que amenaza con la muerte en cada página.

Si incurris respecto de él en alguna falta de esas que en lo civil carecen de importancia, pronto conoceréis el calabozo, el presidio, el disciplinario con todos sus rigores y con todas sus penas.

¿Para qué yugo tan inhumano?

Se excusan suponiendo que se os arma en defensa de la frontera; pero si la excusa fuera cierta bastaría con el virus patriótico-nacionalista que se os ha inoculado con la tradición y con la educación, lo que ya os pone en condiciones de regimentaros dócilmente y marchar con entusiasmo contra el enemigo, que, cuando verdaderamente se presenta, viene con igual docilidad y entusiasmo ciego y sugerido que vosotros.

Hay otro motivo.

Se os arma para encomendaros la defensa de los privilegios del capital; se os arma para que si vuestros hermanos de trabajo exigen una mejora ó lanzan una protesta, luchéis contra ellos, es decir, contra los que dejasteis en el taller, en la fábrica, en el campo, y á los cuales volveréis á uniros cuando os den la *licencia*.

Y como tal motivo no puede manifestarse con sinceridad, como con él, francamente expuesto, no habría hombre medianamente equilibrado que se prestase á lo que de vosotros se exige, se os deforma, se os amasa, se os oprime en el molde militarista; y sólo así quedáis útiles para el servicio.»

LA REDACCIÓN

El Estado siempre es reaccionario

El Estado, aunque otra cosa creyera en otro tiempo Luis Blanc, aunque otra cosa crean actualmente ciertos socialistas autoritarios, es siempre forzosamente reaccionario.

Es ley que todo organismo se sienta dominado por el espíritu de conservación. Por eso el Estado tiende siempre á conservarse; lucha, como luchamos nosotros mismos cuando se trata de nuestra individualidad, contra las causas, que propenden á su destrucción, llegando bien pronto á inmovilizarse, á cristalizarse.

La verdad de hoy no es la verdad de mañana. La ciencia evoluciona, las costumbres se transforman, las ideas se modifican, y tal concepción que apareció como un progreso, conviértese en un momento determinado en un obstáculo para toda nueva evolución; las diligencias, que realizaron

un progreso cuando vinieron á sustituir á los peatones, pasaron luego á ser una oposición á los ferrocarriles, cuando los dueños de ellas y la rutina de las masas las opusieron á las locomotoras.

El Estado puede ser progresivo una hora: la hora en que se forma; por ese momento es revolucionario y ha abatido á otro Estado anterior más perjudicial. Pero en cuanto se ve consolidado lucha contra los preferidos que desean restablecer lo derrocado y contra los innovadores que quieren derrocarlo para ir más lejos. Entonces se convierte en retrógrado, y la lucha se hace cruenta entre él y los espíritus apasionados por lo nuevo. A partir de este momento encarna en sí todas las fuerzas de resistencia contra los movimientos de avance.

ALFREDO NAQUET

PEDAGOGÍA

Laboremus por el racionalismo

De todos es sabido que la enseñanza racionalista ha despertado el odio y la saña más feroces de la Iglesia, cuya institución ha puesto en práctica los manejos más atrevidos y viles para evitar la apertura de Escuelas Modernas allí donde se intenta su plantea-

miento; y su guerra es, como siempre, sórdida, de traición, de emboscada, valiéndose de la intriga doméstica, de la excomunión pública para atemorizar á los pusilánimes, del consejo innoce al patrono para que despida al empleado ú operario, de la difamación

artera y rufianesca embrionada en el confesonario para ser la comidilla de la bufona é imbécil beatería, y ejerciendo su opresión bárbara sobre gobiernos débiles y medrosos que se convierten en ciego instrumento suyo, y cometen las más inicuas tropelfas contra los innovadores de lo arcaico, selvático y tenebroso, por lo moderno, científico y humano.

Si nosotros tenemos persuasión de que la eficacia de la instrucción del niño genuinamente integral y racionalista en todas sus fases, ha de ser á modo de una palanca de fuerza ilimitada que derrumbará el edificio de todas las religiones en donde se venera á Dioses que son los escamoteadores de nuestra libertad y la eterna mazmorra que atormenta, desde hace siglos, el espíritu del humano linaje, también la Iglesia sabe fidedignamente que el triunfo de la Verdad ha de nacer en la *Escuela Moderna* y que quizás la generación que mañana nos ha de sustituir, educada su voluntad en el racionalismo y forjado su cerebro en el yunque de la ciencia, dará al traste, de forma gallarda y de un modo definitivo, zajando todos los retoños peligrosos, con el farragoso cúmulo de seculares errores, de sectarismos genéricos, de privilegios de clases, de aberraciones mitológicas, de ignominias sociales, de prejuicios religiosos y temores divinos que nos tornan en guñapos que causarían la burla más sangrienta á Dios si en lugar de ser un polichinela creado y manejado por desvergonzados vividores, fuese un ser real, una potencia viviente, un algo que pudiera manifestarse, un conjunto con voluntad, actividad, apariencia, organización fisiológica y vida.

Percatada la Iglesia de que la transformación de la sociedad ha de operarse cuando los individuos que figuren é integren la colectividad y sean la fuerza impulsiva de la mecánica de los pueblos, hayan recibido, de antemano, una instrucción puramente científica, exenta de sofismas religiosos, una educación racionalista que al serlo no

podrá contener mentira, ni hipocresía, ni maldad, entabla una lucha sin piedad contra los soñadores que piensan en el hermoso día de las supremas liberaciones, y como siempre, lucha miserable y cobardemente valiéndose de los ignorantes y de gobiernos que hacen ley el atropello, fe la deportación y el encarcelamiento, y moral el crimen.

La Iglesia, síntesis de la ignorancia, del engaño y de la corrupción del sentimiento, declara guerra á muerte al racionalismo, y á los hombres partidarios de la nueva escuela se les sitia y escarnece; se les sitia, es decir, los miserables azotan á los nobles, los mercenarios ultrajan á los obreros, los chachales acorralan al humano ser.

La Verdad y la Justicia corren el riesgo de innerjarse en el cieno que la Iglesia ha amontonado durante varios siglos de dominio y acaparamiento. Todos los oprimidos, los expoliados, los rebeldes, los visionarios del porvenir, tenemos la rigurosa obligación de ingresar en filas y tomar parte aquiescente, junto á los campeones más decididos y briosos, en la batalla que ha de librarse; y de contribuir con lo mucho ó poco que á cada uno nos sea permitido, según sea nuestra situación económica, á la instalación inmediata y sostenimiento del mayor número posible de *Escuelas Modernas*. Pues de lo contrario, en vez de saborear el placer inefable de toda conciencia libre cuando cumple con el deber que imponen los ideales, no transcurrirá mucho tiempo sin que nuestros ojos contemplen el sùdario que aprisionará para siempre á la humanidad y sin que nosotros hayamos de execrar, más que á los tiranos y que á la Iglesia, á nuestra propia indignidad é inconsecuencia.

ISAAC G. LÓPEZ *

San Pablo (Brasil), septiembre de 1911.

* Nuestro corresponsal literario y Administrativo en la República del Brasil, cuyos viriles y á la vez sencillos trabajos comienzan hoy en este campo que acoge con avidez la simiente del nuevo sembrador.

PÁGINAS LITERARIAS

Dos de Noviembre

Vamos al cementerio; en este día
se alegra el cementerio.
La vanidad humana lo decora
con exquisito esmero;
todas, hasta las tumbas más humildes,
se cubren con las flores del recuerdo.

Allí la cruz, vencida
por la razón ha tiempo,
extiende aún sus brazos
y ensaya todavía sus remedos
de esperanza, que ya á pocos dolores
conceden el alivio de un consuelo.
Allí el llanto que corre
sobre el inútil ruego,
rompe los diques de la fe, que saltan
sobre el carro del viento.
Allí el dolor fingido,
el dolor pordiosero,
trafica en los despojos
del olvidado cuerpo
que alimenta gusanos
con sangre de baldón, roído en secreto.
Allí la flor que brota
con su cáliz erecto,
alzando la sonrisa de sus hojas
á la impasible mueca de los cielos,
lleva la última frase
que recogiera la piedad del féretro:
la palabra inmortal de la energía
que al dar más bellas formas á su aspecto,
comprueba á nuestros ojos
la verdad de lo eterno,
y promete más amplias trascendencias
á la fuerza viril que está en los cuerpos.

El mundo de los vivos
afanoso é inquieto,
acostumbra turbar en este día
la dulce paz del mundo de los muertos,
con esa agitación que simboliza
no el puro sentimiento
cuyo cierto homenaje
de inmarcesible afecto,
consagra eternamente á la memoria
de los hombres que fueron

dignos sabios ó fuertes
ese obrero tenaz, el pensamiento,
sino la exposición desesperada
de su robusto esfuerzo
que lanza en su congoja
á manera de reto,
la hueste de la vida
contra la inmoble hueste de lo muerto.

Hay en esa costumbre
erguida ante el avance de los tiempos,
una gran semejanza
con esos movimientos
de estrategia, que cumplen los soldados
de los grandes ejércitos:
se alinean sobre el campo de batalla,
agitan los aceros,
y hacen evoluciones engañosas
que vistas á lo lejos
desde el campo enemigo, acaso llevan
la sugestión del miedo.

Queremos asustar con nuestro alarde
al llamado misterio
de la tumba, que llena de zozobras
el ya desvencijado entendimiento,
y así vamos medrosos, pero erguidos,
con máscaras de duelo,
á tremolar nuestro plumón de vida
ante la muchedumbre de esqueletos
que ríe con su risa descarnada
del histerismo nuestro.

Vamos al cementerio; en este día
revive el cementerio.
Todas, hasta las tumbas más humildes,
florecen con las rosas del recuerdo.
Vamos, mas no á postrarnos
con medroso respeto
ante la fosa que tragó el despojo
y acaso la memoria de algún muerto,
sino á palpar el ansia misteriosa
que agita á los humanos sentimientos
en este batallar de las conciencias
en la desierta noche de los credos.
JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Seis menos

Parece que la mañana inconsolable
de pena llorara; tanta es la lluvia. El
campo, como un pañuelo inmenso,
enjuga el llanto de la mañana.

Afuera todo es frío, y los hogares,
tan tibios antes, tan dulces, comienzan
ya á enfriarse... La última des-

pedida se siente: corazones que se
ensanchan y se contraen, una lágrima
que asoma medrosa empañando la
mirada, afectos que se funden en el
ascua de un abrazo, amorosas palmadas
cayendo en el hombro, un consejo
más, y por fin, el último adiós.

El grupo de jóvenes avanza camino de la ciudad, cabizbajos, tristes, sordos al vendaval que les fustiga, mudos... Todos llevan el traje de los domingos: pantalones de chinilla, chaqueta de casimir, banda de seda roja al cinto, recién lavado el pita y con ancha cinta negra en la copa; bajo el brazo estrujan sendos paquetes olorosos á ropa limpia, conteniendo los esmeros de la anciana madre, de la hermana y de la compañera que han quedado en la tranquera, recorriendo con angustiosa mirada la extensión del campo ó la vía que lleva á la ciudad.

El grupo no se advierte ya; atrás

quedó el campo, el surco recién abierto, las eras recién sembradas, la novia, una madre convaleciente, los pequeños cachorros de labrador, la amable compañera, la yunta de sardos de poderoso empuje, todo un universo.

La boca inmensa del cuartel se abre pesadamente y traga aquel puñado de labradores, aquella porción de vida.

Ahora, el campo puede echar sus cuentas; una resta. Seis menos en los hogares y en los surcos recién abiertos y en las eras recién plantadas. Acaso seis menos también en aquel concierto de afectos que una mañana hizo fundirse el ascua de un abrazo.

RUBÉN COTO

Balada de Noviembre

El verano regresa. Me lo ha dicho el viento, que he oído al despertar esta mañana; agitaba las ramas de los árboles y pasaba salmudiando con su tono profundo, mientras tras sí dejaba cristales y puertas en temblor.

Al oírlo he recordado luego á mi amigo, aquel extraño y hermoso muchacho con el cual convine en que me trataría como á un compañero.

¿Qué habrá sido de él? A menudo pienso en mi amigo, fúnebre y amargo, como Schopenhauer, su autor predilecto, á pesar de su juventud.

Algunas veces, sin embargo, sus sueños eran dulcemente tristes.

De éstos conservo algunos que arrancó de su diario para dejarme como un recuerdo.

He buscado y vuelto á leer las páginas que escribió al principiar el verano de 190...

«*Noviembre, Domingo 3.*—Ya ves, el verano quiere regresar. Esta madrugada me ha despertado el viento, ese viento heraldo de la estación de las ardes rubias y melancólicas.

Afuera agitaba las hojas de los plátanos. Movía los cristales de las ventanas, las puertas, y se colaba por las rendijas. No sabes lo que á mí me gusta ese viento! Lo quiero como á un

viejo amigo, y deseo poder explicarte la sensación que me invade al oírlo!

Viene... ¿de dónde? Con su murmullo extraño, pasa envolviendo mi casa y luego sigue calle abajo y se va, se va... ¿para dónde? Yo pienso en bosques lejanos donde las hojas de los árboles fueron lenguas cuando él pasó; en castillos ruinosos, por cuyos corredores y sombrías y grandes salas agitó su ala invisible levantando el polvo que hollaron quienes hoy también son polvo; pienso en la comfortable cocina de una casa de campo, donde afuera es de noche, sopla el viento y cae nieve; el fuego brillando como una custodia de oro en el hogar, y rostros tranquilos de niños, hombres y mujeres, alumbrados por la luz temblorosa de este fuego; la abuela con su cabeza blanca que parece un copo de nieve que se funde en oro al contacto del reflejo de la llama alegre, deja oír su voz cansina que narra historias de aparecidos á los nietecillos rubios que la oyen con sus ojazos abiertos.

Pienso en la juventud dulce de mis hermanos los árboles, que muere cuando el viento del otoño viene, llevándose las hojas que pasan arrastrándose como adioses tristes.

Al soplar por los agujeros, paré-

ce me una voz suave que me dice: Recuerda.

Me invade una tristeza! Todos los lugares, las personas y las cosas idas, que descansan en el cementerio del pasado, las siento ir flotando sobre ese viento que pasa envolviendo mi casa en el misterio de su murmullo, agitando las ramas de los árboles y llamando á las puertas y á las ventanas, despertando á las almas que lo sienten. Aquí estoy otra vez, les dice, pero ni vosotros ni yo, somos los mismos. El tiempo ha pasado y ha dejado caer sobre nosotros tantas tristezas y tan pocas alegrías! Muchas de las ilusiones que florecían en vuestras frentes, se han deshecho en polvo como las flores cuyas corolas se inclinaron para saludarme el año pasado. Sí, hechos polvo llevo ahora en mi seno, cantos de pájaros, vuelos de mariposas, sonrisas dulces y miradas luminosas!

¡Ah, todo pasa, todo pasa, y vosotros pasaréis también y llegará un verano en que yo regresaré y no os encontraré. Quizá entonces, cuando recorra este mismo lugar, llevaré un poco del polvo que os formó!

Otros serán los oídos que me oirán, otros los rostros que acariciará mi soplo, otros los árboles que se inclinarán á mi paso.

Sólo los campos de estrellas bajo los cuales ondulo ahora, serán los que encontraré por miles de siglos á mi retorno. Ellas serán las únicas viejas amigas que me darán desde arriba su brillante bienvenida.

Sí; cada vez que yo vuelva, las hallaré dejando caer sus besos áureos sobre la tierra.

Ellas vendrán á hacer coro con su canto silencioso que sólo sienten las almas escogidas y mi música grave de órgano las acompañará. Ellas cantarán:

Han pasado, han pasado y esos que ahora se agitan pasarán también.

¡Oh viento! Tu pasas ahora doblando espigas, agitando corolas y abriendo surcos en los zacatales altos, que en el próximo verano serán pajarillos cantadores—que irán como alegrías flo-

tando en tu regazo—abejas doradas, mariposas policromas, terneros jugetones—que abitarán sus orejitas cuando pases con tu soplo que los asusta—y telas albas que cubrirán los altares, ó serán sudarios ó serán pañales ó estarán bien dobladas, olorosas á reseda ó á raíz de violeta, en el cofre de la joven campesina próxima á desposarse. Llevas en tí átomos de ojos que nos han contemplado soñadores é interrogantes; ojos que se cerraron sin saber lo que les decía nuestro lenguaje de luz.

El rayito de alguna muy lejana surrará: cuando yo salí de allá... como una palabra de oro que fluyera de los labios de mi dueña, había un par de ojos jóvenes y bellos que miraban hacia arriba. Mientras duró mi viaje ellos se hicieron viejos, apagados... se cerraron un día... Yo llevo ahora y ellos van en los pliegues de tu manto surrante, en forma de polvo!

Hoy á medio día me asomé á una ventana que da al campo y todo lo vi como si estuviera de fiesta.

Es el verano que regresa con su cielo azul, su viento tan loco y tan triste, sus pájaros, sus mariposas y las cigarras que aturden, en los barrancos. Las montañas sonreían con una deliciosa sonrisita azulina al sentir el baño de luz que como una bendición les venía de lo alto; sólo en algunos sitios se levantaban nubecillas blancas y tenues. Unos niños que jugaban en un potrero, palmoteaban y decían á gritos señalándolas: «son nubecitas que bajan á la montaña á beber agua». Estaban encantadores los chiquillos esos con sus caritas sonrosadas, vestidos de claro. Yo deseaba besarlos á todos y gritar con ellos. Elevaban papelotes y reían alegremente al mirarlos tan arriba, mientras sus manos los sujetaban por el hilo. Hasta un niño que no tiene un año, se agitaba de alegría en los brazos de la madre.

En el paredón de enfrente, tapizado de musgo y enredaderas, había regueros de florecitas amarillas. En la hondura el río se alejaba; su agua parecía de fuego. Los zopilotes volaban muy

alto con su vuelo circular y voluptuoso; sus sombras y las de las nubes peregrinas se proyectaban en los potreros.

Yo pensé en los días ebrios de luz y de calor que habían de venir, tornando amarillentos los verdes que ahora esmaltan el paisaje; en los adormecedores medio-días, cuando en el campo todo parece que está amodorrado; en las ráfagas de aire fresco, saturadas del perfume de guayabas maduras, que se sienten á veces cuando el calor es más sofocante y los ojos se cierran deslumbrados por la blancura de las paredes enjabelgadas de la casita lejana, y que uno cree agasajos de los setos sombríos que coronan los alcores vecinos.

Pensé en las bóvedas de follaje que se abrazarán llenas de murmullos á las orillas de los ríos, cuya agua se alejará con su glu-glu melancólico, estallando á veces en carcajadas de espuma, yendo luego á soñar en la tranquilidad de un remanso de color glauco, sobre el cual pasarán volando silenciosas libélulas azulitas. Más abajo las risas de las lavanderas se confundirán con el murmullo de la corriente, y en sus cabelleras y en sus brazos redondos y morenos brillarán gotillas de agua. Alguna de ellas, la enamorada pensativa, verá alejarse la espuma blanca del jabón sobre el agua cantadora.

En los árboles habrá cigarras incansables que llenarán el campo con su chirrido que da deseos de cerrar los ojos y dormir en la sombra mientras las florecitas rosadas que bordan los potreros inclinan sus corolas y sueñan.

Y uno también soñará como ellas—mientras las cigarras aturden y en torno á los párpados cerrados flota una claridad rojiza—con un corredor colgado de enredaderas, con tinajas fresquitas á cuyo vientre uno acerca su frente y sus manos ardorosas y cuya agua fría como si brotara de una peña en el seno más sombrío de la montaña, llena nuestra boca de frescor.

Y el cuerpo se estremecerá de placer ante la perspectiva del baño delicioso en el río bajo las frondas entre las cuales canturrea el viento, mientras el agua pasa su caricia sobre la piel... y los ojos abiertos miran el cielo azul y los zopilotes negros vuelan en la altura.

El verano vuelve, el verano torna! Así lo he visto regresar en los años que han pasado. ¡Qué tonto soy! ¿Por qué estoy triste? Al regresar á casa después de haber sentido aquel canto al verano que se anuncia y que tanto he deseado, me encuentro como si tuviera una pena. Al ver entrar en la habitación un rayo de sol que dejaba caer una moneda de oro sobre la pared blanca, he cerrado los ojos para no ver el polvo loco que se agitaba en él. Quisiera que lloviera, que no hiciera sol y no oír ese viento que deja caer sobre todo lo que me rodea una lluvia de melancolía."

El verano llega. Su heraldo, el viento frío y delicioso que vino á acariciarme en mi lecho calentito, ¿no habrá hecho tiritar la desnudez de tantos niños desheredados que se durmieron sin cena y despertaron sin abrigo?

CARMEN LIRA

CRÓNICAS SOCIALES

Hacia allá

Es noble y constante afán de los modernos pensadores, ir disputando al Poder la extensión de sus dominios para debilitar gradualmente su fuerza constrictora y fundar alguna vez sobre

su ruina el triunfo de la razón y la fraternidad humanas.

De tal manera arranca esa aspiración de una gran altitud del pensamiento, que los liberales todos de la tierra van

llegando—inconscientes unos y otros con todo el ardor de formidables convicciones—á la amplia vía que trajina el acratismo.

La humanidad, al realizar las perennes jornadas del progreso, tiende á su liberación definitiva. Si otro fuera su fin, si sus tendencias fueran otras, no sentiría el mundo á cada nueva conquista de la ciencia en los campos de la superstición, ese indecible bienestar que produce la verdad que se palpa, el error que perece, la cadena que se rompe al golpe de la idea en la noche de la esclavitud.

El criterio sinceramente liberal es una suave pendiente que lleva á la igualdad y á la paz. Quien pone en él la planta, no es fácil que retroceda ya. ¡Son tan satisfactorias y tan gratas las deducciones—silvestres florecillas—que va uno encontrando á cada paso en los bordes del camino!

A medida que se anda, nueva ansia de libertad agita las conciencias. El hecho valeroso que implica en el individuo la rebeldía de un momento contra la imposición de toda una existencia, determina un impulso creador que ya no se detiene jamás.

Así van los hombres que osaron proclamar una vez la soberanía de su criterio, examinándolo todo, deshaciéndolo todo, dando tajos resueltos á las preocupaciones de su vida y dejando á su paso, rotos para siempre, los ídolos de sus antiguos fanatismos.

Ponerse en pie para defender la libertad del pensamiento, es, de todas las acciones de los hombres, la que mayor prestigio y bienestar habrá de darles. Porque en esa libertad tienen su génesis los más fecundos avances de los pueblos.

Es esa la obra que cumple realizar á toda juventud ardiente y sana. En ella casi nunca se conquistan alhagadoras popularidades. Su campo está bien lejos de la arena en que debaten sus ambiciones los políticos. Los triunfos electorales no le pertenecen, ni el sol de los honores oficiales alumbrará jamás sus horizontes. En ella sólo se recoge el dictorio de los traficantes

alarmados y el desprecio temeroso de los pusilánimes. Pero queda al fin en la conciencia el amable dulzor de una victoria que es luz para el pedazo de tierra en que vivimos, parte de la inmensa patria humana, única ante la cual nuestro cariño se prosterna.

Las confederaciones políticas de que tanto se charla en estos días, no son de aquellas que puede ni debe aplaudir el sentimiento de confraternidad. Reunir en uno solo más fuerte los poderes dispersos, es robustecer aun más los lazos de la opresión en que el Estado mantiene á sus constantes tributarios.

La unión de los pueblos se hará precisamente para sacudir los yugos que á cada cual doblegan sobre los arenales de un destino voluntario. El día en que ella se realice, las entidades políticas que hoy pactan proditorias alianzas en nombre de las colectividades sojuzgadas, nada tendrán que hacer con sus legiones de diplomáticos desocupados. Las voces de los pueblos redimidos, serán las únicas que se escuchen entonces, en ese momento de inefable grandeza aún retardado por los esfuerzos unionistas de los políticos que ansían ampliar el escenario de su especulación, dando á la vez mayor consistencia á la fuerza entronizada que conserva y ampara el despropósito de la autoridad.

El puesto, pues, de los trabajadores centroamericanos, está precisamente enfrente de esas confabulaciones diplomáticas que encubren lo innoble de sus procedimientos con mantos de confraternidad.

Porque así pensamos, porque así sentimos, la turbamulta de los privilegiados nos apoda *anarquistas*, dando á esta palabra el falso y triste sentido que se han empeñado en atribuirle.

Pues bien, sea!

Las palabras nunca han llevado á nuestro labio ni á nuestro corazón los temblores del miedo. Las ideas tampoco nos espantan. Seremos anarquistas de buen grado, como anarquistas son también todos los hombres que sienten el respeto de su individualidad.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

La toga

Para muchos niños hay en muchas capitales, Madrid entre ellas, una escuela más pública que la escuela pública: la calle.

Su rector es la miseria, sus aulas el descuido y la ocasión, sus bedeles los guardias. Está abierta siempre.

A media noche, cuando cruzáis las anchas calles desiertas, un poco encantados de oír vuestro taconeo en la acera y de tener para vosotros nada más las luces brillando, como las que en avenida de imperial palacio aguardan la retirada del señor, una cosa se os pone delante y se os enreda entre las piernas. Es un periódico extendido, que anda solo, detrás del cual se divisan luego los pies, la cabeza y las manos del que lo sostiene, como en las clásicas viñetas anunciadoras.

—Señolito, el *Helaldo!*—dice un chicuelo tan alto como el periódico.

Ha surgido de un portal, del biombo de Fornos, donde del frío se amparaba, tendido sobre un montón de niños, que pisan los trasnochadores. Un brazo que se retira ó una pata que se encoge: eso es todo. «Los golfos», piensa el que sale; por los miembros entrelazados allí, es tan incapaz de calcular el número de muchachos como de averiguar por las roscas movibles y viscosas el de un pelotón de lombrices.

Yo me he fijado alguna vez en los chiquillos del *Helaldo*. Los hay rubios con caras bonitas y tan dulces como las de todos los niños de tres años. Sus bocas sonrén con ingenuidad confiada y sus ojos son vivos é inteligentes. Piden una *pelilla* ó brindan su mercancía alargando la manita aterida, á no importa quién, con la amorosa gracia con que pedirían un beso á sus padres, si los conocieran. He buscado con insistencia entre ellos al *criminal nato*, de Lombroso, para conocerlo así, pequeño. En vano. Frentes abultadas y sortijillas de seda... como todos los niños, en fin.

«¡Los golfos!» es cuanto dice al

verlos el hombre grave, lo mismo que dice bajo los árboles del Retiro: «¡Los mosquitos!»

El que más, recuerda en ellos á *Gavroche*; los halla chistosos y simpáticos, y se figura que van á ser eternamente gorriones de la gran ciudad, para dormir en los huecos de las estatuas y saltar de día al frente de los batallones. Está bien, pues; que no hagan nada; ya servirán de efecto armónico á los poetas, como las golondrinas y las hierbas de las tapias. El orden social, que por dos pesetas se encarga un guardia de representar, mira á los golfos y les da una patada de cuando en cuando.

¡Ah, pero es injusto en tratarlos así, de haraganes! Distan de serlo. Esos pobres niños del *Helaldo* y *La Colespondencia*, muestran la curiosidad y la voluntad de aprender que todos los de su edad, cuando se empieza á desplegar su alma. La tienen blanca, de ángel; y con ella han empezado su carrera y se aplican en su *primera enseñanza*.

¡Y qué no les enseñan los puntapiés de orden público! A los seis años ya saben correr y quitar pañuelos, mirando con un ojo al bolsillo y con el otro al guardia. Es el ingreso de bachillerato. Mientras lo cursan, los agentes siguen observándolos con atención, llevándolos tal cual vez á recoger diplomas en la prevención del distrito, y repartiéndoles trompadas y pescozones. Aunque con filosofía: «aun no estorban», dice la sociedad. Y como no estorban, hasta los quince ó veinte años, filiados ya en los gubernamentales registros, se pasan la vida, á fuer de *estudiantes* alegres, corriendo de los guardias en la calle y convidándolos á *Cariñena* en las tabernas.

Facultad mayor. Se indica por el ingreso del educando en la cárcel á consecuencia de un robo ó de un navajazo en quimera. Cosa leve y grandes adelantos. El que no es completamente imbécil, saca la *licenciatura* en

tres años; y como ya está hecho lo más, he aquí que viene un día el saqueo del palacio de un marqués, en cuadrilla, con asesinato del dueño...

La sociedad se conmueve.

Ese hombre—dice frunciendo el ceño ante el asesino—estorba ya. Venguémonos; ha terminado su carrera.

Y, efectivamente, entra poco después en el calabozo; le pesan y le miden los antropólogos; encuentran que tiene la frente deprimida, el pelo lanoso y áspero, las orejas en asa y los pómulos salientes. No recuerdan ya que cuando pequeñín tenía la cabeza de los angelillos, cuando pregonaba el *Helaldo*; ni recuerdan que la ferocidad de su sonrisa con dientes de caballo había sido primero «en boca de niño, sonrisa de amor.»

—¡Criminal nato! gritan los antropólogos.

Porque eso sí, la ciencia es rotunda. Ha terminado su carrera. Se le viste la hoga y el birrete de los ajusticiados.

Es decir, la toga.

Cuando menos eso me pareció á mí una tarde muy triste, en que yo pude contemplar á un hombre con bonete y sotana negra, sentado junto á un palo, agarrotado por el pescuezo y con la lengua afuera.

Tenía yo también recién ganada mi toga, y no sé qué extraños giros de pensamientos hicieronme ver un poco de vergüenza en mi traje talar y un poco de grandeza entre los pliegues de aquella túnica que envolvía á aquel muerto con la cabeza tronchada y el gesto de apocalíptico reproche...

¡Quizá emprendimos la *carrera* al mismo tiempo! Yo, en el regazo de mi madre. Él, en el desprecio de la humanidad.

Y me estremecí al pensar que, si hubiese sido lo contrario, yo sería entonces el ahorcado, y el ahorcado el doctor.

FELIPE TRIGO *

* Distinguido novelista español contemporáneo cuyas obras de refinada psicología morbosa, son leídas con avidez actualmente en todo el mundo.

Religión y negocio

Toda religión, en último término, es una empresa comercial; pero, entre todas las entidades de ese género, la Iglesia católica romana se muestra seguramente la más cínica, la que más descaradamente presenta su mercancia.

«No hay dinero, no hay suizo», hace decir el buen La Fontaine al cura que calculaba lo que le producía el difunto al que dedicaba *oremus* y responsos. «Por dinero baila el perro», como dice la malicia popular.

Nada más cierto; los mismos interesados lo declaran... de sobre mesa, cuando entre los vapores del vino y la alegría de las carcajadas refieren sus hazañas.

Recuerdo entre muchas la historia de un muerto que se disputaron tres curas vecinos. Es de notar que sobre todo los muertos enriquecen á tales vividores: el negocio eclesiástico es

macabro. Se trataba de un rico, por supuesto; si no ¿quién se hubiera ocupado de él? Acababa de morir en una casa situada exactamente en los confines de tres parroquias, de tal manera, que las líneas de demarcación se cruzaban sobre el plano en la cámara y precisamente en el sitio que ocupaba el lecho del difunto. En aquel caso, ¿á quién correspondía el cuidado y sobre todo el beneficio de las exequias? Se discutió largo y tendido; fueron consultados los teólogos del seminario, los canónigos, los predicadores de más fama, el obispo y hasta el arzobispo. Entre discusiones y consultas corrían las horas, habían sido ya excedidos los plazos convenientes para la ceremonia fúnebre, hasta que la autoridad comunal, cuidadosa por la higiene, intervino cerca de la familia, la cual, cansada de ir de Herodes á Pilatos, tomó su resolución. Resultado un gran entierro

civil, dando á los tres hombres negros una buena lección de oportunismo.

Es incalculable hasta dónde puede llegarse en ciertas comarcas en la caza al negocio fúnebre. Los diarios italianos revelaron el año pasado los odiosos escándalos ocurridos en los cementerios de Nápoles. Unos curas se habían confabulado para subir enormemente el precio de las ceremonias fúnebres, produciéndose hasta en los templos repugnantes escenas entre los curas competidores.

Pero eso es sólo con motivo de la muerte y de otras circunstancias correspondientes á las necesidades religiosas, ó la rutina mística del pueblo, donde el clero romano manifiesta su deseo de batir moneda. Muchos se dirigen á toda clase de negocios, algunos con éxito desgraciado. Sin fijarnos en las recientes desgracias de sor Cándida, la monja de las alhajas, negocio religioso clerical, ¡cuántos otros recuerdos acuden á la memoria!

Todo el mundo ha conocido curas agiotistas y muchos han sido víctimas de sus enredos. También ellos mismos han caído á veces en las mallas del negocio, no siempre por codicia, sino por torpeza. Hasta suele suceder que no siempre sean completamente codiciosos, pero el resultado no deja de ser un desastre. Menos mal cuando alguna rica devota ve desvanecerse sus rentas, á veces se evaporan en pura pérdida los ahorros de toda una región. Así ocurrió hace algunos años en una diócesis francesa, donde murió insolvente un cura que se había hecho el banquero ordinario de los pobres.

Lo peor es cuando el desenlace estalla de una manera trágica. Los periódicos anunciaban hace algunos meses el suicidio de un cura italiano, que se precipitó desde uno de los terrados superiores de la catedral de Milán, á causa del fracaso de varias obras emprendidas á la ligera y con torpeza administrativa.

Ese hecho y muchos otros semejantes han determinado al papa á lanzar la reciente pastoral prohibiendo á todos los eclesiásticos la aceptación ó con-

servación en los «bancos, institutos de crédito, cajas rurales ó cajas de ahorro», los cargos de «presidente, director, secretario ó tesorero».

Pío X, como siempre, pega fuerte; pero su nueva intervención—corregida por esta restricción clásica: «salvo permiso especial de la Santa Sede»—sólo conseguirá desorganizar un poco más la Iglesia, principalmente allí donde sea más acatada. En efecto, son muchos los patronatos y otras empresas clericales que viven y prosperan á condición de que toda la gestión administrativa se centraliza en manos de un director omnipotente, irresponsable y de una actividad sin límites y sin intervención alguna.

Pero todas las prohibiciones de un pontífice de horizontes limitados no cambiarán la mentalidad cien veces secular del clero romano. Siempre habrá conventos ávidos de enriquecerse por medio de piadosas industrias: si no pueden abrirse tiendas para la venta de objetos pueriles á precios exorbitantes, no faltará algún otro negocio.

Las prohibiciones pontificales no extinguirán el fausto de ciertos prelados en quienes la generosidad y la elevación de miras, por una especie de parentesco fatal, se confunden con el derroche económico. Siempre se verá en la Iglesia quien viva á lo príncipe, quien funde á fuerza de millones y de jugadas de Bolsa empresas frágiles y grandiosas á la par, que desaparecen luego dejando por herencia una administración derrochadora y una legión de imitadores que, faltos de genio y de buena fe, no pasan de vulgares estafadores.

Siempre se verá, á pesar de esas prohibiciones y hasta á la vista del papa austero, negociantes de hábito ó de sotana que ejercen su industria en plena corte vaticana, aunque sea vendiendo su influencia—á menos que trafiquen en reliquias—á quien diestramente muestre en su diestra pedigueña la propina correspondiente, ó, como dicen en la casa, á los que tienen «buena mano.»

ABEL SALLÉ